



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11018

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 22 DE JULIO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

BOFETADAS Y DISGUSTOS

A poco más que dure la guerra hispano-americana se enredan nuestros enemigos y nos tornamos nosotros en espectadores del drama.

Ya ha comenzado el melón el cuarto poder, la prensa, representada por el célebre corresponsal del «Heraldo de Nueva York». Y no se ha ido por las ramas el desvergonzado periodista, sino por el tronco, por Shafter, el jefe del ejército americano, al cual ha cogido por el informe y en un arranque de orgullo profesional le ha puesto en la cara los cinco mandamientos.

No hay dicha completa—habrá dicho el general americano.—Y le sobrará razón, porque al caerle sobre el rostro la mano libre de su correligionario en gingoísmo, presidía la ceremonia de izar en Santiago el pendón de su país. Seguramente nunca le habrá parecido que tenía más estrellas la bandera americana.

Y no paran en esto los disgustos de Shafter. Su compañero Sampson se ha encargado de amargarle el triunfo pretendiendo birlarle la parte más positiva del mismo. Sin duda los generales americanos de mar y tierra están á la altura de cualquier ganapán y lejos de pelear por el honor de su país luchan por el bollo, esto es por el botín. Eso es lo que se disputa con sobrada desvergüenza Shafter y Sampson.

Es verdad que el botín es de mayor cuantía: siete buques mercantiles que había en el puerto cuando capituló Toral. Shafter los reputa suyos porque á él se rindió la población; pero Sampson se proclama dueño de las naves como jefe

principal. Por aquí también puede que lluevan bofetadas.

Después vendrán los tiros. ¿Qué bien empleado le estará á los gingos la recorrida que le preparan los mambises en Cuba y los tagalos en Manila!

¿No defendían á los rebeldes diciendo que eran unos mártires sacrificados por España? Pues ahí los tienen de cuerpo entero, quejándose por conducto de Calixto García de que no se les haya permitido entrar á saco en Santiago de Cuba.

Ladrones, asesinos ó incendiarios eran cuando combatían solos, y por asesinos los tuvo a raya en Siboney y por ladrones no los ha dejado entrar en Santiago el jefe de las fuerzas invasoras.

Dentro de poco los rebeldes manifestarán su descontento volviendo sus armas contra Shafter y Sampson; los tagalos las volverán contra Dewey y así, cazados en los bosques y acosados en los valles, irán pagando los americanos el enorme crimen de haberse puesto de parte de la barbarie contra la civilización.

Calixto García ha roto sus relaciones con Shafter. Aguinaldo las ha roto con Dewey. De eso á romper el fuego no hay más que un paso y al reir será el freir.

Ya se irán enterando los yanquis de la clase de gente á quien auxilian.

GLORIAS NACIONALES

Batalla de Arapiles.
22 de Julio de 1812.

El general inglés lord Wellington hacía las operaciones contra los franceses en Castilla la vieja, cuando supo que Napoleón se hallaba empeñado en la guerra con Rusia, y se decidió á tomar la ofensiva, atacando al general Marmont que al mando de 47000 hombres se hallaba en Salamanca.

A este efecto dividió su ejército en tres columnas, á una de las cuales se hallaba agregada la brigada española de don Carlos España y los guerrilleros de don Julián Sánchez, y después de una serie de marchas y contramarchas, que el ejército francés le obligó á efectuar, tomó posesión en Santa Marta y Ciudad Rodrigo al mismo tiempo que el enemigo se situaba en Calvarrasa de Arriba, Nuestra Señora de la Peña y el Arapil grande, posición excelente esta última que un descuido de Wellington no permitió ocuparla sus tropas.

El día 22 empezaron los franceses á cubrir el despliegue del Arapil grande con numerosas baterías y tal género de ventajosas posiciones, que Wellington se decidió á organizar la retirada; más un detalle que el general británico observó le hizo cambiar de parecer y dar la batalla.

Atento siempre á las evoluciones del enemigo, vió que el general francés extendía demasiado á la izquierda, debilitándola con ellos, y entonces, Wellington comprendiendo el gran partido que podía sacar de este descuido, lanzó sus tropas sobre las huestes francesas encomendando el ataque del punto débil á la 3.ª división y caballería del general Urban, el centro á la brigada portuguesa Branford, apoyando el flanco derecho la brigada española de D. Carlos de España y el izquierdo la brigada portuguesa al mando del general Pack, obteniendo un éxito completo; pues acometida el ala izquierda del enemigo, acudió á defenderla la caballería en masa, siendo derrotada atrozmente por una brillante carga de nuestros ginetes; y aun cuando el mismo general Marmont quiso remediar el descalabro poniéndose personalmente á la cabeza de sus fuerzas, no lo consiguió por caer herido en la cabeza y en un brazo, sucediéndole igual al general Bonnet que le reemplazó.

Al ver los soldados franceses caer á sus dos generales y el gran número de bajas que nuestras armas les causaban se declararon en retirada, verificándola con orden, pero precipitadamente.

Los franceses tuvieron en esta batalla 1800 muertos y 2500 heridos haciéndose 7000 prisioneros con nueve banderas y once cañones.

Nosotros tuvimos 5000 bajas, casi todas á consecuencia de la tremenda lu-

cha que se produjo para conquistar el Arapil grande.

Esta acción valió á Wellington el toisón de oro concedido por la regencia y grandes mercedes y honores por parte de su gobierno.

MAESE RODRIGO.

(Prohibida la reproducción).

Una huelga curiosa

Los empleados de correos y telégrafos en Londres

La huelga de los empleados de Correos y Telégrafos.—El comedor convertido en campo de batalla.—Anagaza del Duque de Norfolk y firme actitud de los huelguistas.

Curiosos y dignos de ser conocidos son los párrafos que á continuación traducimos de una carta dirigida desde Londres á un periódico de París:

«Continúa la huelga de los empleados en la Administración de Correos y Telégrafos. Sabido es que estos empleados, en número de 3.000, rechazan las comidas preparadas para ellos dentro de los edificios, por un fondista designado por la Administración, y sobre el cual no tienen ellos autoridad ni derecho de fiscalización. Juzgando mala la alimentación, han tomado el partido de llevar la comida necesaria para el lunch y para la cena. Y de aquí, una comida muy divertida que se repite dos veces al día. El empresario, de acuerdo con el jefe general de Correos, tiene empeño en cumplir fiel y exactamente sus compromisos. Afecta ignorar que estos 3.000 trabajadores están de huelga, y como si nada hubiera pasado, sirve puntualmente las dos comidas. A la una en punto, mil quinientos empleados bajan á los comedores provistos de pequeños sacos y maletas en los que conducen sus provisiones. La mesa está preparada y cada uno de los trabajadores se dirige á su puesto en silencio, vacía el paquete y saca su lunch. Usan platos, tenedores y cuchillos que pagaron con su dinero mucho tiempo antes de la intervención del fondista; pero por nada del mundo se atreverían á tocar las carnes, las legumbres, el pescado y los puddings que humean sobre la mesa.

Hay que advertir que desde la declaración de la huelga esmeranse los cocineros del fondista. Los diversos platos despiden un olor sabrosísimo; la mesa está cubierta con canastillos de frutas y con bandejas de dulces perfumados con franjipana, vainilla y canela. A través del cristal de las jarras adivinase la frescura de la cerveza. ¡Seduciones vanas! Los empleados se mantienen firmes, y los inauditos esfuerzos del fondista resultan de todo punto estériles.

Esta huelga ha dado margen á varias interpelaciones en la Cámara de los Comunes; más el poder legislativo no es competente para ello, por tratarse de un asunto puramente administrativo.

El duque de Norfolk, director general de Correos, intentó poner término á la huelga, mediante una manifestación que fracasó por completo.

Hace pocos días bajó, á la hora del lunch, al comedor de los empleados, y comió con excelente apetito, de todos los platos preparados por el fondista.

A su entrada en el local, todos los empleados se levantaron, como un solo hombre, para saludar á su jefe.

El director general comió de todos los platos, dando de vez en cuando su parecer sobre las diversas combinaciones culinarias, ideadas por el cocinero de la compañía.

—Vaya un excelente rosbif.... Estas patatas fritas son deliciosas.... ¡Qué «pudding»! ¡Qué pastel!.... Denme las señas del cervecero, porque de aquí en adelante no bebo otra cerveza que esta en mi casa.

Pero en tanto que el director general manifestaba en alta voz su complacencia, los empleados, en medio del más absoluto silencio, comían imperturbables sus rebanadas de pan y sus trozos de jamón y de vaca fiambre.

Total, un fracaso completo. El duque de Norfolk habrá de buscar otro medio de arreglo.

ALEMANIA CONTRA ESPAÑA

Es de notar la persistencia con que la prensa alemana defiende su imparcialidad y la de su país en el conflicto hispano americano, rechazando los cargos de falta de simpatía hacia los Estados

CARLOS II EL HECHIZADO

1089

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1088

CARLOS II EL HECHIZADO

1085

de la ambición extranjera, y gracias que hasta ahora he podido conservar la dignidad de la España á costa de crueles sacrificios... gracias á que...

El rey se detuvo; un sombrío pensamiento cruzó por su mente.

—«Mañana! ¡Quién sabe! continuó como si hablara consigo mismo; mañana puedo ir perdiendo esta escasa luz que ilumina mi frente, y entonces....

—Señor, exclamó Leon Bravo, levantándose al mismo tiempo que sus compañeros; V. M. es joven, tiene salud; tiene un alma magnánima y un corazón generoso.

—Pero tengo remordimientos, caballero, murmuró el rey mirando con un sombrío terror á Martin Alvarado.

Después, como si saliese de una distracción fatigosa, se pasó la mano por la frente. ¡Oh! prosiguió, mi alma, sin duda por el insomnio y el trabajo, se deja arrastrar por esas ideas funebres, y en vano lucha por salir de los extraños terrores que la circundan; pero dejemos esto y tomad, continuó obligándoles á que aceptasen los despachos que ya anteriormente les diera el duque: os nombro coroneles de los regimientos que avanzan á batir á los franceses, y espero que llenareis vuestros deberes, como soldados, como españoles y como caballeros. Acor-

bramientos que por una bondad especial acaba de hacer. Nosotros hemos jurado mil veces defenderos con toda la energía de nuestro valor, pero no hemos aspirado á un premio que aun debe estar muy lejos de nuestros destinos. No es por esto decir que rehusamos el sacar nuestra espada en vuestra defensa. Correremos sin descanso hacia el ejército, y allí, confundidos en la vanguardia, ó colocados al frente de todos, seremos los primeros en verter sangre francesa. Nosotros, señor, fieles soldados, aun caso de que la victoria huyese de nuestras banderas, quedaremos los tres para contener la marcha de los enemigos, y juramos aquí de nuevo á V. M., en nombre de Dios, que no pasarán adelante sino por encima de nuestros cadáveres.

—¡Oh! sois unos valientes, exclamó el rey dominado por el mágico lenguaje del capitán. Si la España tuviese una docena de hombres como vosotros, emprenderíamos cosas grandes como en los tiempos de Paria y San Quintín.... Pero.... somos pocos, murmuró Carlos inclinando la cabeza.... dos de vuestros amigos han muerto ó han desaparecido; todo se hunde alrededor mío como esas ruinas gloriosas de otras épocas que se caen á pedazos al impulso de los haracanes ó de las convulsiones de la tierra. Yo... yo mismo sin vosotros sería un juguete

Carlos II se volvió rápidamente, y dió un grito de sorpresa y alegría.

—¡Ah! ya están aquí, duque, exclamó restregándose las manos. Acercaos, señores, acercaos. Vuestro equipaje me demuestra lo mucho que habeis hecho para cumplir mis órdenes.

Los tres jóvenes se inclinaron.

—Traeréis frío.... ¿no es eso? prosiguió el rey.

—¡Oh! no señor, contestó Leon.

Carlos los miró con admiración.

—Hé aquí unos hombres de hierro, murmuró con entusiasmo.

El débil monarca quedó por algunos instantes contemplando las varoniles figuras de aquellos tres hombres tan firmes como respetuosos. Sintió que su corazón latía de deseos, y como casi siempre acontecía en él, brilló en su frente una llamantilla de rubor al verse tan abatido y tan inferior á los caballeros que tenía delante.

Carlos, pálido, flaco, macilento, tanto por la organización de su naturaleza, cuanto por aquella noche de insomnio y de fatiga, apenas podía alzar sus trémulos párpados para mirar fijamente á la única raza de hombres que la Providencia había conservado en medio de la degradación general. Carlos hacía esfuerzos extraordinarios para sostener su pa-